

PERE ORTEGA

EL LOBBY
DE LA INDUSTRIA
MILITAR ESPAÑOLA

Adónde van nuestros impuestos

Icaria  **ASACO**

Índice

I. Introducción	5
II. La producción militar en España	12
Breve historia de la industria militar en España.	18
El oligopolio de la producción militar.	23
III. Los Programas Especiales de Armamento .	40
IV. El complejo militar industrial	51
V. Pérdidas públicas <i>versus</i> beneficios privados	64
VI. Anexo	69

I

Introducción*

Las armas han sido concebidas para dar seguridad a quienes las poseen. Esto es así aparentemente, puesto que aquellos que no las poseen es posible que se sientan amedrantados frente a sus poseedores y se vean empujados a adquirirlas para a su vez sentirse seguros. Eso conduce a una espiral sin límites denominada armamentismo que tuvo su máximo exponente durante la Guerra Fría. Alarmados por el cariz que tomaban las cosas ante un posible holocausto nuclear, algunas gentes sensatas se pusieron a reflexionar para poner freno y, en lo posible, caminar en sentido contrario, hacia un estadio más seguro, el desarme. Como la lista es larga, tan solo recordaré algunos, entre los primeros: Bertrand Russell, Alva Myrdal, Albert Einstein, Bertha von Suttner. Sus argumentos eran muy simples, si se siente temor ante un vecino armado, quizás

* El autor quiere dar las gracias a Marta Castellnou por el trabajo de investigación llevado cabo para la elaboración de las Tablas de las empresas militares del Anexo.

sea mejor dialogar con él para conseguir un mínimo común denominador respecto al potencial militar para que ambos se sientan más seguros. Otro igual de convincente era argumentar que, si bien se han diseñado armas con las que defender tus pertenencias, estas también han servido para arrebatar las de otro y en caso de controversia combatir. Entonces advertían que en una batalla siempre hay perdedores, con lo cual quizás era mejor dialogar y buscar un equilibrio que evitara el sufrimiento de la guerra.

Pero los exégetas de las armas para conseguir seguridad continuaron argumentando que todos los grandes cambios de época fueron acompañados de desarrollos tecnológicos que propiciaron nuevos tipos de armas. Aduciendo que el descubrimiento del bronce, el hierro, la pólvora, la revolución industrial, la llegada de la era atómica y la espacial han propiciado continuos progresos para la humanidad. Añadiendo que esos ingenios fueron concebidos para solucionar conflictos irresolubles entre los humanos o para acabar con tipos tan desdeñables como Hitler. Recurriendo con frecuencia a un general prusiano, Carl von Clausewitz, que tras las guerras napoleónicas escribió su célebre frase «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Un argumento que precisa el carácter político de la guerra, pero que a la

vez sirve para que se busquen otros medios menos incruentos y destructivos.

Los defensores de las armas, al mito de la seguridad añadieron el del enemigo. Mitos difíciles de sostener y de combatir, porque la seguridad total no existe y el enemigo que nos quiere destruir tampoco. Dos reconocidos sociólogos de nuestros días han intentado dar respuesta analizando las inseguridades que acechan a la sociedad actual; Ulrich Beck la denomina como sociedad del riesgo, y Zygmunt Bauman como sociedad líquida. Ambos señalan que esta sociedad es propia de la etapa postindustrial y que está emparentada por las incertidumbres que contrae vivir en un mundo globalizado y amenazado por la escasez de recursos no renovables, el cambio climático, catástrofes ambientales, nucleares como en Chernóbil y Fukushima, hambrunas y grandes migraciones. Causas de las auténticas inseguridades que padece la humanidad. Pero ante estas amenazas no parece que las armas y los ejércitos puedan hacer gran cosa, y pese a ello se construye el mito del enemigo que nos amenaza al que se denomina: terrorismo internacional, crimen organizado, ataques cibernéticos, proliferación de armas de destrucción masiva, conflictos que desestabilizan la paz mundial. Se dirá que no son mitos, que son peligros y amenazas reales. Sin duda es cierto, pero hay que volver a insistir

que tampoco parece que ninguno de ellos pueda ser contrarrestado ni vencido mediante armas y ejércitos. Quizás, el único, el conflicto armado, pero recurriendo de nuevo a los pensadores de la paz sería menos gravosa su prevención y solución mediante medios de presión política, de embargo económico y comercial o conferencias de paz que el uso de la fuerza.

El punto más crítico por el que los estados, especialmente en los países industrializados, defienden a ultranza la pervivencia de los ejércitos nacionales es la defensa de otro tipo de intereses menos espurios que el terrorismo y los antes expuestos. Se trata de la defensa del sistema de vida que impera en el llamado Primer Mundo. Un sistema que no está dispuesto a permitir que nadie ponga obstáculos a la obtención de recursos naturales, materias primas, la circulación de mercaderías, capitales y servicios, pero muy especialmente los preciados hidrocarburos. Esa es la causa principal de los conflictos en Oriente Próximo y de las guerras de Irak y Libia. Y para ello los estados no dudan en estar fuertemente armados con cuerpos especiales para intervenir con rapidez cuando sea necesario, disponer de bases militares repartidas estratégicamente por múltiples lugares, de buques de guerra que controlan la circulación marítima de los recursos. Un sistema depredador que necesita de la extracción de recursos no renovables

que sitúa al planeta al borde de su agotamiento y que hipoteca el buen vivir de las generaciones futuras. Un sistema capitalista que no duda en armarse hasta los dientes para mantener la desigualdad y la injusticia en todo el planeta.

Llegados a este punto, conviene reflexionar en sentido pragmático. Es decir, si el uso de la fuerza a través de la guerra ha sido la forma más razonable para resolver los conflictos. Pues vistos los resultados posbélicos, en la mayoría de ocasiones las guerras no han resuelto los conflictos, sino que en muchos casos los han enquistado y posteriormente se han reabierto en innumerables nuevos conflictos, tardando generaciones en resolverse. Entonces, quizás hubiera sido mucho más práctico buscar la solución de las controversias por otros medios y la humanidad se hubiera evitado los enormes sufrimientos y destrucción que proporciona la guerra. De ahí surgieron los estudios de polemología, y posteriormente de prevención y de resolución de conflictos. Estudios que han derivado en la creación de centros, tanto académicos como de intervención, con el propósito de mediar y pacificar los conflictos con otros medios que no sean la guerra.

Pero a pesar de ello, los estados perseveran en la inercia histórica de que la seguridad debe llevarse a

cabo a través de las fuerzas armadas, y no dudan en prepararse para la guerra. Es decir, que los estados persisten en considerar los ejércitos como el mejor instrumento para garantizar la seguridad y la defensa de su soberanía. Y dedican ímprobos esfuerzos para equipar sus ejércitos, tanto para utilizarlos como fuerzas disuasorias frente a amenazas exteriores, como para llevar a cabo intervenciones preventivas para, según nos dicen, preservar la paz. Para ello destinan ingentes recursos para adiestrar personal, adecuar instalaciones y adquirir armamentos. De ahí surge el denominado *Ciclo económico militar*, término que describe todo el entramado que engloba todos aquellos aspectos que rodean la estructura militar, desde las políticas de seguridad y defensa, que determinan la estrategia de defensa nacional, el modelo de ejército y las infraestructuras militares; hasta los aspectos más estrictamente económicos, como los salarios y el mantenimiento de los cuerpos del ejército, la investigación y desarrollo (I+D) de nuevas armas, la producción de armamentos en la industria militar, los servicios necesarios para mantener operativas las infraestructuras, instalaciones y armamentos, el comercio y las exportaciones de armas.

Quienes nos alineamos con los críticos al armamentismo nos oponemos a ese ciclo, argumentando

que, a pesar del elevado gasto militar mundial, 1,776 billones de dólares,¹ los conflictos armados y guerras no han desaparecido, con lo cual ese enorme dispendio no parece aportar soluciones a los conflictos. Y por el contrario, ese gasto puede impulsar nuevas confrontaciones armadas a través de la militarización y la carrera de armamentos entre países que mantienen controversias territoriales, políticas o por el control de recursos en un bucle de militarización sin fin. Reclamamos el desarme, la disminución de los ejércitos (existen 21.000 millones de efectivos en todo el mundo) y la desaparición de bloques militares. Somos tachados de utópicos por no percibir los peligros que acechan a la humanidad y en ese sentido que estamos faltos de realidad. Cuando la realidad precisamente muestra lo contrario, que los utópicos son ellos, pues se empeñan en resolver los conflictos mediante la violencia y, a pesar de ello, estos no amainan ni desaparecen y podrían encontrar solución a través de la mediación, puesto que los humanos tenemos capacidades racionales para convivir con los conflictos, resolverlos o transformarlos de manera dialogada.

1. Sipri Yearbook (2015), Oxford University Press. Consultar <http://www.sipri.org/yearbook>.